

## PRESENCIA Y ACTUALIDAD DE MARIO SANCHO<sup>1</sup>

Flora Ovares

Las palabras de Clorito Picado a propósito de un libro de Mario Sancho parecen las más adecuadas para iniciar estas páginas. Decía Picado:

Sucedará con él lo que sucede con las cosas buenas: después de unos lustros de reposo vendrá quien lo descubra y al regocijarse de ello quiera que otros participen de la fiesta; ningún vino puede ser buen vino sin ser vino viejo («En Costa Rica resulta más difícil deshacerse de un libro que hacerlo», *Repertorio Americano* XXVIII, 5, 1934, 70).

Efectivamente, a los cincuenta años de la partida de Sancho, releemos sus escritos y vemos que conservan vigor y frescura; nos sorprendemos por la vigencia y cercanía de su pensamiento; nos regocijamos con su prosa y queremos que otros participen de nuestra admiración. Las líneas que siguen son una invitación a compartir, no tanto las ideas de este ensayista, sino la huella que sus libros han dejado en mí a lo largo de casi quince años de conocerlos.

Veamos, por ejemplo, en el inicio de su ensayo más conocido, *Costa Rica, Suiza Centroamericana*, las siguientes palabras de angustiante actualidad:

Los tiempos que corren son en verdad aflictivos y desconsoladores. El país, hombres, instituciones, costumbres, todo anda muy de capa caída. Económicamente estamos a dos dedos de la bancarrota, endeudados hasta la coronilla, mitad por improvidencia y mitad por improbidad, con casi todas nuestras industrias arruinadas y con tan poca esperanza de salir de apuros como mucho peligro de que a la postre el acreedor extranjero, cuando vea que no podemos cumplirle la palabra, irrumpa en nuestras aduanas so pretexto de ponerlas en orden y de hacerse pagar (11).

Estas palabras se escribieron en 1935, hace ya 64 años. Sin embargo, salta a la vista lo pertinente del comentario: la ruina económica, la amenaza del acreedor extranjero, la improvisación y la corrupción.

En este mismo ensayo, revisa los comportamientos de los diferentes grupos sociales: los ricos, la clase media, el campesinado. Denuncia, por ejemplo, el injusto sistema tributario pues, a su entender una equitativa distribución de las cargas públicas es requisito de justicia social. Al escribir estos conceptos, Sancho pensaba que el puesto sobre la renta -no sobre el salario- era una medida correcta. Ahora, a pesar de que algunos de los cambios en el régimen tributario que él propugnaba se han puesto en práctica, sus afirmaciones nos siguen sorprendiendo y percibimos su vigencia.

En momentos como estos, en los que algunos sectores económicamente poderosos insisten en volver a modelos liberales que han dado resultados socialmente negativos en otros lugares, no está de más hacer referencia a los siguientes juicios del autor. Se trata de unos comentarios hechos a raíz de los reclamos de los cafetaleros sobre algunas medidas proteccionistas que trató de tomar el

---

<sup>1</sup> Este es el texto de la conferencia titulada «Actualidad y presencia de Mario Sancho», organizada por la Biblioteca Mario Sancho y el Ateneo de Cartago, el 30 de octubre de 1998. Un extracto se publicó en “La añoranza del pasado en Mario Sancho”, *Nuevo Humanismo*, n. 76 (noviembre 2001).

gobierno de Cleto González Víquez. Los cafetaleros, el grupo económicamente más poderoso, se oponían a la intervención del Estado argumentando los principios liberales, ya por entonces cuestionados por los sectores más progresistas y conscientes del país. Anota Sancho:

Quienes tal decían, quienes tanto trinaban contra la intervención del Estado en relaciones que, según ellos, deben estar sólo regidas por la ley de la oferta y la demanda [...] los que aquí mandan a paseo a menudo los principios liberales, siempre que hay de por medio algún interés fuerte, cuando no un simple pretexto (*Costa Rica Suiza Centroamericana*, 39).

Enseguida se refiere a los numerosos casos en que los gobernantes de orientación liberal han decretado subsidios estatales para favorecer a los poderosos: si los negocios marchan bien, dice, entonces no debe haber intervención estatal y si hay ganancias, debe dejárselas el negociante. Pero si hay pérdidas económicas, entonces es preciso la intervención estatal para apoyarlo o repartir las deudas. Además, agrega, ¿no se trata de intromisión en la economía la constante influencia sobre las instituciones públicas y sobre las decisiones de los funcionarios?

Hoy, tantos años más tarde, nuestra experiencia de cada día nos indica la justeza de estas opiniones. Basta con abrir los periódicos para corroborar la existencia de esta especie de doble moral económica de los grupos poderosos, fruto, como diría Sancho, de "la falta de altruismo y absoluta incapacidad para la cooperación social" (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 22).

En su examen de la sociedad costarricense, no se conforma con denunciar los males de la democracia. Va más allá al señalar, aunque de forma general, el origen de la situación. Advierte, en primer término, causas de tipo moral: el país pelagra en medio de "una lucha de intereses egoístas exacerbados bajo el apremio de las circunstancias". En esta situación "moral y buenas costumbres van camino de ser pronto un recuerdo apenas del pasado" (*Costa Rica Suiza Centroamericana*, 13).

La indicación de los aspectos éticos como los determinantes de las situaciones sociales refleja la formación de Sancho, el sustrato arielista de su pensamiento, perceptible sobre todo en sus escritos de juventud pero que resuena a lo largo de toda su obra. Esta posición se modificará poco a poco a lo largo de la vida del autor. En algunos de sus escritos más tardíos, por ejemplo en *Vicisitudes de la democracia en América* (1944), profundiza en la historia política y económica del continente para indicar las causas de la situación actual. Incluso en sus memorias, a la vez que recuerda hechos importantes de su biografía, ofrece una mirada nueva sobre los hechos históricos. Como en los ensayos de otros escritores de esos años, la comparación entre el hoy el ayer en esas páginas cumple un fin didáctico: las lecciones del pasado deben aclarar el presente.

Todo este análisis de la realidad nacional lo lleva a desmitificar la imagen que los costarricenses tenemos de nosotros mismos y de nuestro país. Con un tono irónico y punzante, arremete contra la ideología de la cultura oficial y desnuda las prácticas morales y políticas. Cuestiona todos los mitos de la democracia y los confronta con la realidad de injusticia social y corrupción política.

Así, fustiga el legalismo, es decir, el uso de la ley con fines injustos: en Costa Rica, dice, no común ver cómo "se le retuerce el pescuezo a la justicia por medio de algún subterfugio legal" (*Memorias*, 108); o bien, se buscan resquicios en las leyes que permitan salir airoso siempre a las compañías fruteras u otros grupos poderosos.

La legalidad es la razón suprema de todo entre nosotros, la medida de la inteligencia y el índice de idoneidad. No se concibe el hombre de estado sino en función de leguleyo y la República no reconoce otras glorias que las de los Sumos Sacerdotes y Definidores de la Ley, de esa ley cuya sacro-santidad no se quitan de la boca, aun cuando saben que están usándola para cubrir tretas y engaños (*Memorias*, 109).

También el proceso electoral y, en general, la política, son blanco de muchas de sus críticas. De nuevo hay que aclarar que, en 1935, no existían en el país muchos elementos que garantizaran el respeto a la voluntad popular y el sufragio. No obstante, las palabras de Sancho conservan validez en nuestros días. Dice, por ejemplo :

Dificultamos que haya en la farmacopea universal una droga que, como la política, esta política nuestra, entontezca tanto a los hombres, ni un tósigo que les envenene tan profundamente el alma [...] maldecir a esta horrible Celestina de la política, maestra de embustes y necesidades, y causa de males tan grandes como pequeños son, si miramos al fondo de las cosas, sus resultados prácticos (*Costa Rica Suiza Centroamericana*, 49).

Esta idea se retoma y ahonda en las *Memorias*, cuando asegura que “nuestra política ha sido desde hace treinta años la rotación del poder de dos círculos poderosos y [...] resulta ridículo llamar a tal cosa democracia, porque la democracia verdadera es el gobiernos que se da el pueblo, tras el ejercicio de una opinión pública esclarecida e informada de sus derechos y necesidades” (120-121).

Para él, el discurso político nacional, las palabras con las que tratamos de identificarnos como un pueblo distinto, se han vaciado de su sentido original y no solo han perdido beligerancia sino que sirven para velar la crisis de valores, para tapar la realidad:

Cuento la libertad, cuento la democracia, cuento la renovación, que aquí tan conservadores resultan en el fondo los que hablan de renovación sin decir qué van a renovar, como los que ofrecen mantener las tradiciones sin decir tampoco cuáles tradiciones, pues las ya conocidas de nosotros son el desorden, el peculado, la trapisonda y la incapacidad de realizar el bien común (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 83).

A la denuncia de la democracia como mito, el escritor agrega el ataque a otros creencias que mueven la vida social y política del costarricense. La igualdad y la supuesta cultura del costarricense son para él otros mitos, fragmentos de un discurso oficial que enmascara comportamientos y situaciones indebidas. Así, se pregunta sobre la existencia de una opinión pública en Costa Rica. Si la política es sólo un espectáculo, el despliegue de una agitación vociferante, la opinión pública es también una ficción. En un ensayo titulado ¿Hay opinión pública vigilante?, aparecido en *Repertorio Americano* en 1936, denuncia un proyecto de ley que pretendía impedir la entrada de cierta literatura política al país. En esta ocasión, Sancho protesta contra la imposición de "barreras aduaneras al pensamiento y la cultura con el sandio pretexto de defender la nación contra el peligro

bolchevique". Además, señala la apatía con que los costarricenses ven ese atentado contra la libertad de expresión y pensamiento: "¿Hay tal opinión pública entre nosotros, o se trata sólo de una de las tantas mentiras convencionales con que solemos engañarnos?"

Como puede verse en los textos citados, Sancho intenta una revisión de la ideología del costarricense, ataca despiadadamente las creencias más arraigadas en nosotros acerca de nuestra identidad política. Su pensamiento se engarza con el de toda una generación de pensadores y ensayistas, como Joaquín García Monge, Omar Dengo, Vicente Sáenz y Octavio Jiménez. La estampa idílica de la nación que se bosqueja en los discursos políticos y, a veces en los compendios de historia patria muestra una representación paradisíaca y pacífica de Costa Rica, espacialmente ceñida al Valle Central y habitada por una comunidad de laboriosos propietarios. Como otros ensayistas de su época, Sancho critica con vehemencia esa idea de un mundo armónico y cerrado, ajeno a la heterogeneidad y que expulsa de sí cualquier elemento perturbador.

El ensayo cumple así un papel destacado, por su participación en la crítica de la identidad nacional y las representaciones previas de un espacio social y cultural costarricense. Por eso, como vimos, los escritos se refieren constantemente a los mitos y los estereotipos que pueblan el discurso político y la ideología del costarricense.

A la vez, se aprecia en Sancho como en otros ensayistas de esos años una clara visión hispanoamericanista. Mientras que el costarricense prefiere definirse como separado del resto de América Latina, en los ensayos y las *Memorias* se hace hincapié en la pertenencia del país a un espacio cultural mayor. Debemos estar abiertos a los aportes de todas las culturas, ideales y disciplinas, mantener nuestra mente abierta a todos los vientos del espíritu; pero, a la vez, debemos ser leales a nuestra historia y saber que "Las piedras itinerarias que se abren ante nosotros son: Costa Rica, América, España" (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 28-29).

Por otro lado, en su propuesta destacan dos elementos muy relacionados entre sí: el papel fundamental de la educación y la función del intelectual comprometido. Insiste en la necesidad de una educación que se aleje del memorismo, cercana a las verdaderas necesidades de los jóvenes, que les enseñe a enfrentarse a "esta irrupción horrible de ramplonería, vulgaridad y desmoralización" que se apodera del país (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 25).

La confianza en la educación, que comparte con muchos otros pensadores coetáneos, es inseparable de una creencia expresa en la vocación rectora de los intelectuales, de un cierto aristocratismo intelectual. Por eso, la palabra del ensayista funda su validez en la incorporación de la cultura y a tradiciones universales, como el sustrato intelectual en que se apoyan, en última instancia, la validez y la veracidad del discurso propio. La cultura proporciona autoridad al hablante de estos ensayos, lo caracteriza como un intelectual culto y, como tal, obligado a denunciar las lacras morales de la sociedad. Esta tradición prestigiosa se incorpora al ensayo de diversas maneras, tales como el uso de alocuciones en otros idiomas, la mención a pensadores y artistas y las constantes alusiones a obras literarias e históricas.

El respaldo ofrecido por el prestigio de la cultura humanista y la literatura sirve como punto de partida para establecer una peculiar relación con el lector. En una especie de complicidad irónica, Sancho parece escribir siempre para un lector culto a cuyas preferencias y conocimientos apela.

Llego finalmente al rasgo de la escritura de Mario Sancho que más ha llamado la atención, pues confiere un tono totalmente diferente a sus escritos: la idealización del pasado.

Efectivamente, la conciencia de un presente degradado propicia cierta idealización de épocas anteriores. En los ensayos destaca una nostalgia por los valores perdidos en la sociedad costarricense. Esta posición particular surge de su desesperanza ante la realidad presente, que el ensayista compara con un mundo ideal, situado en el pasado. Los mitos actuales han resultado falsos: no somos la Suiza Centroamericana; la situación presente hace que el futuro no resulte atractivo, por eso, confiesa

Desde hace algunos años anda nuestro espíritu buscándose un refugio en el pasado, en parte -¿a qué negarlo? por gusto del pasado mismo, pero muy principalmente por escapar a la angustia y desencanto del presente (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 11).

En algunos ensayos, el pasado se incorpora como dato que explica el presente y el tono nostálgico se atenúa. Sin embargo, la mayor parte de las veces la oposición entre el ayer y el hoy tiene el efecto de recalcar el fracaso de las aspiraciones e ideales del ensayista. En todo caso, Sancho imagina, digamos que inventa, un mundo ideal, un pasado en el que a su entender existían valores como la previsión, el amor al trabajo, la justicia, la sinceridad, la delicadeza, la religiosidad sentida, la cultura humanista y la defensa de los valores republicanos:

Había menos demandas a la vanidad, a la sensualidad, a la codicia, que son resortes, hay que confesarlo, del progreso, al menos del progreso material, pero que también son responsables de la mayor parte de las indignidades y las transgresiones morales que ocurren con innegable frecuencia en la sociedad moderna (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 15).

Probablemente ese pasado, ese paraíso terrenal republicano no haya existido nunca en nuestra historia. Sin embargo, a Sancho le sirvió como referencia utópica en una época de desencanto. Situó su tierra prometida en el ayer, en el Cartago anterior al terremoto y en una Costa Rica ideal, suma de las virtudes ciudadanas y morales que garantizan la existencia de la República.

La nostalgia del pasado da origen además a sus páginas más líricas y sentidas. En su evocación, era aquel un mundo de una suave belleza, lleno de sencillez, cuyo ritmo estaba marcado por el discurrir de las fiestas religiosas. Rememora las costumbres, las tertulias, el ambiente pueblerino. Evoca las fuentes que adornaban las iglesias, las escasas diversiones de aquel entonces. La presencia retadora y bohemia de los hermanos Troyo, especialmente Rafael Ángel, el poeta que "congregaba a su alrededor a cuantos escritores iban y venían a Costa Rica" (*Memorias*, 32). Por todo eso, anota,

El antiguo Cartago tenía gran atractivo aún para las personas que no habían nacido o vivido en él: era una ciudad pequeña y modesta, pero con carácter propio, con un aire inconfundible de hidalguía que lograba infundir una sensación de buen tono y noble sosiego («Las casas solariegas del antiguo Cartago», *Repertorio Americano*, XXVI, 2, 1933, 2).

En el fondo, cuando escribimos algo, nos estamos escribiendo a nosotros mismos. En estas líneas nostálgicas, Sancho describe su propio pasado, su infancia en el Cartago anterior al terremoto. La memoria recupera el paisaje perdido, lo ilumina con la luz del deseo, lo tiñe con la triste

poesía, con la bruma que envuelve los parajes de la niñez.

Calles, calles realmente, nunca tuvo la ciudad más de cinco: calle del Ferrocarril, calle Real, calle de la Soledad, calle de San Francisco y calle del Hospital. Cinco vías largas y rectas como las rayas de un pentagrama, pero de un pentagrama de partitura antigua y por tanto de música simple y melodiosa. Y a modo de barras de compás cruzaban esas calles otras de norte a sur: calle del Señor Deán, calle de los Estanques, calle del Cuartel y así hasta la calle de Punta Diamante. Todas ellas empedradas, tenían los desagües en el medio y se llenaban de yerba en las orillas; mas el transeúnte sentíase feliz y como embrujado de un hechizo inexplicable (*Memorias*, 26).

Todo esto iba a desaparecer con el terremoto. El sismo aparece en sus ensayos como el acontecimiento que separa en dos mitades irreconciliables la historia de Cartago: el pasado absoluto e irrecuperable y el presente degradado.

¿Sucedió así, realmente? Me atrevería a decir que no. A Cartago no la cambiaron así los terremotos: la cambiaron la historia, el progreso. La cambió, en fin, el paso del tiempo. Lo mismo que a Sancho. Su infancia, la alegría de la juventud, la ciudad antigua, todo quedaba atrás por el transcurrir del tiempo. Como sucede con cada uno de nosotros: el tiempo nos hace y nos extingue a la vez, nos trae a la vida y nos exilia de nuestro origen.

Entonces empieza el peregrinaje por los caminos de la vida. En *Memorias* o en *Viajes y lecturas* se habla de la vida como un viaje, del mundo como un libro, del libro como un mundo. Ahí el ensayista recuerda sus andanzas por Europa, el paso por los puertos europeos, por Bélgica, Provenza e Italia. Sobre todo la larga estadía en París, donde conoce a Rubén Darío. La peregrinación por España, Centroamérica y México, los años en los Estados Unidos. La amistad con Clorito Picado, el amor, las ilusiones: todo unido por el hilo del recuerdo y la palabra. Y el retorno a la patria, a la ciudad natal. Regreso que representaba, sin embargo, un exilio. Paradójicamente, la vuelta al viejo solar significó para él muchas veces el encuentro con el rechazo y la incompreensión de un ambiente aldeano y mezquino. Los viajes por el mundo o por los libros lo conducían siempre al mismo lugar y lo enfrentaban de nuevo a la lucha desgastante contra la mediocridad y los prejuicios.

En cada renglón de sus libros, Mario Sancho se escribía a sí mismo, se convertía en un personaje literario. Como muchas de sus páginas fueron escritas en la soledad, en el aislamiento y el rechazo, en el exilio interno, entre nosotros ha perdurado el recuerdo de un hombre desencantado e irónico, valiente y fustigador. Al releer sus escritos, descubrimos que esta rebeldía se enlaza con la añoranza de una patria imposible y anhelada. Se nos descubre también el hombre deslumbrado ante el espectáculo del mundo, el testigo del cambio de un siglo, el cronista espléndido de una época pasada.

Sólo me resta desear que la lectura de sus obras sea el sentido homenaje por parte de todos nosotros a "un hombre desencantado que supo sin embargo luchar en su día con ánimo valiente".